

El
peso
- ESPECÍFICO -
del
AMOR

Federica Bosco



Umbriel

El
peso
- ESPECÍFICO -
del
AMOR
Federica Bosco

Traducción de Helena Aguilà Ruzola



Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: *Il peso specifico dell'amore*

Editor original: Mondadori, Milano

Traducción: Helena Aguilà Ruzola

Este libro es una obra de ficción. Los personajes y lugares citados son invenciones de la autora y su objetivo es conferir veracidad a la narración. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

1.ª edición Julio 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2015 Mondadori Libri S.p.A., Milano

Publicato in accordo con Grandi&Associati, Milano

All Rights Reserved

© de la traducción 2017 by Helena Aguilà Ruzola

© 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-9944-983-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*A Cilla.
Me habría gustado ser como tú.*

—Ya no te quiero.

—Perdona, ¿qué has dicho? Me estaba lavando los dientes y no te he oído.

—Nada. ¿Qué dan en la tele?

1

Un día, el amor se acaba y ya está.

Y lo hace así, un miércoles por la noche, sin avisar.

Estás viendo *Quién sabe dónde* con tu pijama de felpa y tus calcetines antideslizantes y lo observas, y es como si lo vieras por primera vez. Come mirando a la pantalla, un bocado de pasta tras otro, y te das cuenta de que no puedes más.

Basta ya.

No aguantas ni un minuto más sentada en el sofá con el pijama de felpa y los calcetines antideslizantes. A ver, le tienes muchísimo cariño, y si necesitara un riñón, se lo darías sin vacilar. Ése es el problema: preferirías darle un riñón que otra parte de ti...

Pero ¿por qué?

Porque, como he dicho, un día se acaba y ya está.

Y eso no te lo dicen en las películas, ni en los libros, porque ocurre en cuanto terminan los títulos de crédito. Porque la verdad es que Richard Gere nunca dejó de reprocharle a Julia Roberts que hubiera hecho la calle en Sunset Boulevard, y Julia Roberts se hartó a los diez minutos de estar en ese maldito banco con Hugh Grant bajo el frío de Notting Hill, y otra vez Richard Gere nunca le perdonó a Susan Sarandon que lo obligara a renunciar a las clases de baile con Jennifer López.

Así es la vida. Nunca hay un final feliz, sólo un simple final.

Y de pronto empiezas a fantasear con cualquier cuerpo masculino que grave a tu alrededor, excepto con el que duerme contigo cada dichosa noche.

Y te sientes culpable, mala e injusta.

Y te gustaría convertirte al sintoísmo para no sentirte tan culpable, mala e injusta, pero no puedes hacer nada; tal co-

mo empezó, se acabó.

Lo miras, le tienes muchísimo cariño, pero ya no lo amas.

Porque la línea entre el afecto inmenso y el amor es increíblemente delgada.

Y separarlos es la operación quirúrgica más compleja que se le ha realizado jamás a un corazón humano.

¿Y ahora qué?

Ahora que lleváis seis años juntos y sólo tenéis amigos en pareja, una cuenta corriente en pareja, las vacaciones en pareja siempre al mismo sitio y ninguna perspectiva de cambio... ¿qué haces?

¿Eh?

En serio, ¿qué haces?

¿Lo dejas?

¿Cómo?

¿Así? ¿Sin un *verdadero* motivo?

Porque no amar a alguien que te venera como a una reina no es suficiente.

Todos te tomarían por loca y te dirían: ¿dónde vas a encontrar a alguien así?

Y tú, en el fondo, también sigues repitiéndotelo.

Eso es lo peor.

Porque Edoardo es el tipo de hombre que cualquier mujer desea cuando, desde tercero de primaria, hace la lista de las cualidades ideales: es de los enamorados, divertidos, fieles y honestos (aunque pasara Gisele Bündchen en tanga, no se inmutarían), de los que nunca están de mal humor y no quieren discutir porque no soportan el rencor y, para no acostarse enfadados, son capaces de pedir perdón por algo que no han hecho.

De los que «está bien lo que tú decidas» y, aunque te levantes con legañas, mal aliento o el pelo como una bala de heno, siempre te dicen que eres la más guapa del mundo y lo creen de verdad.

¿Está claro, no? Es lo peor.

Otra vez esa sensación de ansiedad que te cierra el estó-

mago.

Porque sabes que no puedes dejar a alguien así, que es todo lo que siempre has deseado, pero también sabes perfectamente que un hombre que te trata como a una figurita de porcelana encerrada en una urna de cristal antibalas y te toca con guantes de algodón, te impide crecer y te arrastra lentamente hacia abajo, al abismo de una no-vida.

Y en vez de tu compañero, de tu cómplice, de tu amante, se convierte solapadamente en tu cuidador.

Tu verdugo disfrazado de buen samaritano que, en vez de expresar su punto de vista y correr el riesgo de enfrentarse contigo, prefiere convertirse en felpudo y ahogar cualquier divergencia, cualquier diferencia, cualquier entusiasmo.

Hasta que la muerte os separe...

Yo deseaba con todas mis fuerzas que fuese un amor *para siempre*, porque la idea de haber encontrado a mi otra mitad era tan tranquilizadora, tan definitiva.

Se acabó cenar sola en el sofá con el plato sobre las piernas, se acabó que los amigos te presentaran al desdichado de turno (que extrañamente seguía soltero a los cuarenta y tres), se acabaron los aperitivos en los bares de siempre y se acabó conformarse. Por fin había saltado la valla y estaba a salvo, en la cima de la montaña. Y allí, desde lo alto de mi inigualable felicidad, miraba a mis amigas solteras con amorosa compasión mientras rompía en mil pedazos el carnet del Club de las Relaciones Complicadas.

Por fin alguien que no huye a la mañana siguiente, que te llama para decirte que te echa de menos, que te hace reír, que te acepta tal como eres y no intenta cambiarte, que piensa igual que tú en los temas importantes, que tiene los mismos gustos que tú y da por descontado que irse a vivir juntos supondrá muchos viajes a Ikea.

Y he pasado años de luna de miel, una luna de miel, en mi opinión, muy merecida tras las decepciones y humillaciones de los veinte años anteriores.

Pero luego ocurre. Inevitablemente.

El Club Med te ruega que abandones la habitación, que

devuelvas los albornoces, y encima te presenta una cuenta desorbitada.

Entonces miras al que considerabas el hombre de tu vida y es como si lo vieras por primera vez, hipnotizado delante del televisor, con el tenedor frente a la boca, y no puedes creer que hayas tenido una venda en los ojos hasta hoy.

Y, aunque sea pleno invierno, te entran ganas de abrir la ventana de par en par, porque de repente necesitas desesperadamente aire, aventura, pasión, vida, celos, peleas y reconciliaciones, y sobre todo... ¡AAAAAARRRRRGHHHHHH!

¡Necesitas desesperadamente S.E.X.O.!

Ya está, ya lo he dicho. Sobre todo necesitas sexo salvaje, indecente y sudado. Pero, qué va, nada.

Nada desde hace años.

Porque te conoces muy bien, porque en el fondo ya no hace falta, porque al final te cuesta un poco quitarte el pijama de felpa.

Y pensar que haría cualquier cosa por volver a sentir las mariposas en el estómago de cuando tenía dieciséis años.

Aunque sólo fuesen cinco minutos.

¿No es triste?

Lo es.

¿Y por qué no lo dejo?

Por todo.

Es adorable, de fiar, amable... en una palabra: «devoto».

Y eso es lo que me enerva: es demasiado.

Demasiado amable, demasiado solícito, demasiado devoto. Desde que lo conozco, no ha cambiado ni pizca: gránitico como un monolito de Stonehege, inmóvil como una boya durante la tormenta, perennemente sentado en el sillón con un ejemplar de *Il Foglio* en la mano, lo mismo en verano que en invierno, en primavera que en otoño, y aunque cambien el gobierno, el presentador del festival de Sanremo o la Copa del Mundo.

Y ahora no voy a empezar con la típica historia de «tendría que cambiar», no, demasiado fácil.

Yo no quería que *cambiara*, sólo quería que *creciese*, que se convirtiera en un hombre fuerte y seguro, que tomara

decisiones y tratase de ofrecerle algo mejor a su compañera y a sí mismo.

Pero no, él se conforma, siempre se conforma, y no le interesa comprar una casa, encontrar algo que le guste hacer realmente o experimentar cosas nuevas.

Si fuera un poquito más dinámico que un mueble, y un pelín más ambicioso, sería el hombre perfecto, perfecto de verdad, para ponerle un *copyright* y crear una aplicación.

Pero no. A él ya le va bien su trabajito cómodo y tranquilo cerca de casa, le va bien desembolsar la mitad del alquiler todos los meses, le va bien ir a cenar a casa de su madre una vez a la semana.

Y sobre todo le va bien que esté yo.

Basta con que esté ahí con él.

Siempre.

Y eso me destroza. Siento que he caído en una trampa.

La trampa del hombre perfecto.

Por eso trabajo como una loca.

Siempre estoy trabajando. Trabajo sábados y domingos, trabajo en la cama, en el sofá, en el cuarto de baño. Tanto que tengo la impresión de que llevo la marca del ordenador tatuada en los muslos.

Y cuando no trabajo, hago pasteles hasta caer rendida.

Yo, que odio los pasteles.

Y podría seguir así para siempre.

Si no hago algo.

2

—Paola, ¡llego tarde! —le grito al móvil al salir del metro, y me tropiezo con un Papá Noel, que insiste en darme un folleto de un *outlet* de zapatos mientras intento abrir el paraguas sin que se me caiga en un charco (aunque la idea me tienta) el enorme sobre amarillo que contiene las pruebas de un tostón de novela histórica sobre la doble vida de Ana Bolena. He tenido que corregirla por la noche porque la ha escrito un amigo de mi jefe.

—Total, ¿qué te cuesta hacerlo? —me dijo anoche a las ocho y cuarto, sin tener en cuenta que mi horario laboral había terminado dos horas antes.

—¿Qué me cuesta? Nada —contesté sonriendo.

Luego, cuando cerró la puerta, tiré el sobre al suelo y lo pisoteé varias veces, diciéndome lo tonta que soy. Pero ya era demasiado tarde.

Me había tomado el pelo una vez más.

Desde que mencionó la posibilidad de ascenderme a responsable editorial, me tiene cogida por las pelotas, por usar un eufemismo.

Si antes trabajaba diez horas al día, ahora hago doce.

Y el día que me ascienda llegaré a las catorce.

Aunque, en honor a la verdad... ¿tengo alternativas?

Ninguna.

El trabajo es el único aspecto de mi vida que nunca me decepciona y es la demostración tangible de que hago bien algo.

Quizá sea lo único.

Lo tengo todo controlado, conozco el territorio, sé anticiparme a lo que piden y, secretamente, cuando la pila de trabajo en mi mesa aumenta, siento un escalofrío de excitación...

Uy, no puedo creer que lo haya dicho.

—Diez minutos y estoy ahí —le respondo a Paola corriendo bajo la lluvia—. Lo que tarde en llegar el autobús y ya estoy en el despacho. Anda, por favor, he estado hasta las tres con esa porquería de libro.

—Está muy cabreado, Fra, pero mucho. Sólo te digo que te des prisa.

—¿Cabreado como aquella vez que la nueva del gabinete de prensa preguntó si Umberto Eco había publicado un libro alguna vez? —pregunto sin dejar de correr.

—No, más bien como cuando rechazó la trilogía de *Crepúsculo* diciendo que a nadie le interesan las historias de vampiros...

—Madre mía, mejor cojo un taxi.

Todas estamos expuestas a los cambios de humor de Mr. Big.

No lo llamamos así porque nos recuerde al tío bueno que se casó con Carrie Bradshaw.

Sino porque se apellida Bigazzi y posee un ego desmesurado.

Así lo demuestra la enorme B que preside la entrada de su editorial, situada en la calle Spiga.

Subo corriendo los tres tramos de escaleras (no quiero perderme dos preciosos minutos de bronca esperando el ascensor) y, cuando abro la pesada puerta de madera, Beatrice, la secretaria, se limita a levantar los ojos hacia arriba, señalando la sala de reuniones con el auricular del teléfono.

Los gritos procedentes del otro lado de la puerta de cristal son inconfundibles. Por suerte, es el turno del gabinete de prensa, que suele ser el que recibe los peores insultos.

Me arreglo el pelo y la falda como puedo y abro la puerta muy despacio, tratando de no llamar la atención.

Por el aire tenso y las caras truculentas deduzco que estamos en el peor momento de la escena.

Veo a Ediciones Bigazzi al completo alrededor de la mesa oval. Obviamente, todas somos mujeres, ya que Mr. Big es totalmente incapaz de relacionarse con otros cromosomas XY.

Las chicas del gabinete de prensa están cabizbajas, y la

más nueva tiembla como un martillo neumático.

Todas menos Paola y su jefa, Annamaria, una analfabeta convencida de que el sector editorial italiano se iría a pique sin ella.

Y, tal como están las cosas en Italia, puede que tenga razón.

Cuando el señor Bigazzi está en modo «os voy a despedir a todas» es completamente inútil tratar de razonar con él. Hay que tener paciencia, dejar que se desahogue y tragarse los insultos que luego, cuando se calma, niega categóricamente haber lanzado.

Al principio yo me ofendía mucho y, una vez a la semana, entre sollozos, le dejaba en la mesa una carta de dimisión. Él ni siquiera la abría, la tiraba directamente a la papelera.

Luego todo empezó a resbalarme, y al final han pasado diez años.

Dios, cómo corre el tiempo.

Me siento en una esquina de la mesa, cerca de Paola, que mastica chicle y dibuja círculos concéntricos en el bloc de notas, en señal de protesta o de completo desinterés. Es la única que se enfrenta a él, y creo que Mr. Big secretamente la valora, porque a menudo amenaza con despedirla, pero nunca la ha echado.

No como a las sesenta y seis chicas del gabinete de prensa que han pasado por aquí en la última década.

Al final hemos dejado de memorizar sus nombres y ya no nos molestamos en enseñarles cómo se hacen las fotocopias. Total, duran una semana. Lo importante es que aprendan cómo funciona la cafetera.

—Ya era hora —me recibe Mr. Big quitándose las gafas—. Por fin te has dignado a unirte a nosotros. ¿Has dormido bien?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Es inútil que le diga que por culpa de su porquería de libro he dormido cuatro horas y he soñado que me decapitaban.

—Creo que no lo habéis entendido —sigue aún más furioso—. Yo cierro esto y os dejo a todas en la calle. Sois unas ineptas, un niño de doce años lo haría mejor que vo-

sotras y me costaría mucho menos.

—Sobre eso tengo mis dudas, Bigazzi —dice Paola sin levantar la cabeza—. He calculado que incluso los niños vietnamitas que cosen zapatillas para Nike ganan más.

Él se pone rojo y temo que le lance el cenicero de cristal.

Recupera el control sólo para seguir con su filípica.

—Sois capaces de mandar a la mierda el lanzamiento del libro de Spampinato, porque no sabéis usar el teléfono. El tipo me llama todos los días y me pega unos rollos... ¿y yo qué voy a decirle? ¿Que mis empleadas son tontas y no saben cómo ponerse en contacto con un periodista? ¿Que no saben usar el teléfono? —grita mientras descuelga el auricular y pulsa unas teclas al azar—. ¡Mirad cómo se hace! —chilla como un condenado—. Se hace así: se marcan los números y se espera a que la persona conteste. ¿Tú, la retrasada del pelo largo, lo has entendido? —vocifera en dirección a la pobre periodista en prácticas, que estalla en lágrimas y abandona corriendo la sala.

—Sesenta y siete —comenta Paola, sin dejar de dibujar.

—¿Por qué las mujeres os empeñáis en trabajar? —prosi-gue él sin inmutarse—. Con lo bien que estáis en casa con vuestros hijos y vuestras amigas. ¿Por qué no os buscáis un tonto que se case con vosotras y os dé estabilidad en vez de quedaros aquí y complicarme la vida a mí?

Siguen unos diez golpes de tos.

—Evidentemente, esa chica no era capaz de... —empieza Annamaria con la clara intención de cargarle a la nueva su negligencia y su pachorra total, pero se ve que tampoco es su día.

—Usted es quien tiene que formar al gabinete de prensa, ¿entendido? —farfulla Bigazzi, con el rostro púrpura—. ¿Para qué coño le pago, para que se lime las uñas?

—Y para que se haga un drenaje linfático —añade Paola, con ganas de que la despida.

Annamaria encaja el golpe y fulmina con la mirada a Paola. Si la conozco bien, se lo hará pagar caro.

—¿Y vosotras qué, editoras? —vocifera dirigiéndose a mí y a Silvia, que cuando entró el primer día recordaba a Kate

Moss y ahora parece que acabe de desembarcar de un bote de traficantes libios de inmigrantes—. ¡Os he dicho cien veces qué hace vender libros! ¡EL SEXO! ¡¡¡ESE-E-EQUIS-O: SEXOOOOOOOOO!!! —nos grita como un jubilado después de una sobredosis de Viagra.

Me remuevo en la silla, incómoda, ya que, en los últimos años, hay tanto sexo en mi vida como algodón de azúcar en la vida de un diabético.

Después de rechazar *Cincuenta sombras de Grey*, ahora Bigazzi pretende que añadamos escenas de sexo hasta en los libros de cocina.

—Ejem... lo sabemos —empiezo a decir—, pero es que... es difícil incluir... ejem... sexo en un libro que habla de zen para gatos.

—Tenéis que meter sexo hasta en los manuales de jardinería, ¿¿¿entendido???

—Sí, pero el autor tiene ochenta y nueve años, no es que podamos insistir mucho en...

—VOSOTRAS HARÉIS LO QUE YO OS DIGAAA, ¿¿¿QUEDA CLARO???

—chilla escupiendo pequeñas gotas de saliva—. ¡¡¡YO soy el jefe y aquí dentro se hace lo que YO digo!!! Si no... ¡a la calle!

Juro que nunca lo había visto así, y Paola también evita llevarle la contraria. Parece Jack Nicholson en *Las brujas de Eastwick*, cuando Cher, Michelle y Susan clavan el alfiler en el muslo del muñeco vudú.

Nos levantamos, incómodas y cabizbajas, intentando no hacer ruido con las sillas, y nos dirigimos a la puerta una detrás de otra, sin decir palabra.

—Francesca, quédese, no he terminado con usted —ordena.

Socorro.

Suspiro y me vuelvo despacio, con mi mejor sonrisa.

No sé qué esperarme y, ante la duda, saco del bolso el sobre amarillo y se lo tiendo.

—Tenga, es el libro de su amigo. Prácticamente he tenido que reescribirlo, pero ahora al menos ha quedado presentable. Me he pasado toda la noche...